

Veterinaria al servicio del planeta

JAIME GALÁN ELVIRA

Veterinario y Biólogo en NJOVU African Wildlife Conservation

En los comienzos de la profesión veterinaria, ésta se asociaba con los animales de trabajo, fundamentalmente los caballos y quizá por extensión otros animales del medio rural. Posteriormente, fue ganando relevancia la seguridad alimentaria y la higiene de los alimentos, hasta llegar en las últimas décadas al enorme universo de las mascotas.

No obstante, desde su misma concepción esta profesión era mucho más que eso. Por desgracia, he-

mos necesitado aprender a golpes, pero varias pandemias y emergencias sanitarias después, una parte importante de la sociedad empieza a entender la importancia de nuestra profesión.

La veterinaria es hoy garante de la salud pública, tanto desde la salud de los animales, con los que compartimos cada vez más tiempo y espacio, como desde la seguridad de los alimentos que consumimos. Un concepto antes ignorado, aun-

que esgrimido durante años por los veterinarios, empieza a resonar en el mundo entero: One Health, una única salud.

Y es que hoy sabemos sin sombra de duda que aquello que afecta a otras especies, faltaría más, nos afecta también a nosotros. Somos un animal más, excepcional y único, pero no ajenos ni exentos a las leyes de la biología.

Hemos aprendido y entendido también que aquello que ocurre en el medio ambiente, todas las alteraciones, de muchas de las cuales somos responsables, tienen igualmente repercusión sobre nuestras vidas y sobre nuestra salud.

Hoy a casi nadie sorprende saber que los perros también pueden tener cáncer, que un gato puede sufrir de diabetes o que los fármacos empleados en medicina humana y veterinaria sean, casi en su totalidad, exactamente los mismos.

Con sorna y sin maldad se ha dicho en ocasiones que la medicina humana es una rama muy bonita de la medicina veterinaria. Y es que no deja de ser cierto que la medicina veterinaria trata a todas las especies animales, salvo a la humana, o al menos directamente.

Dicho esto, es cierto también que la medicina veterinaria se alimenta en enorme medida de la humana, en tanto que ésta tiene mucho mayor desarrollo por una mayor importancia relativa de sus pacientes y la consiguiente inversión económica e intelectual que ha tenido lugar a lo largo de la historia.

Pero todo esto, lejos de ser una



Jaime Galán con el vehículo de NJOVU.

reivindicación pretenciosa por ansias de prestigio o reconocimiento social, es una declaración de intenciones de que los veterinarios somos también sanitarios y jugamos un papel esencial en el mantenimiento de la salud global.

Cuando la Organización Mundial de la Salud genera un listado de enfermedades que preocupan y, en su inmensa mayoría, son enfermedades zoonóticas, compartidas entre humanos y otros animales, todos los ojos se giran hacia la profesión veterinaria.

Cuando preguntamos a un veterinario sobre qué pienso es más indicado para nuestra mascota vemos una dimensión pequeña del campo profesional, pero cuando sabemos que una enfermedad surgida o sufrida por una especie animal puede suponer una seria amenaza para nuestra salud, comenzamos a vislumbrar el campo entero.

Sin embargo, no deberíamos seguir abordando la salud desde un enfoque terapéutico y asistencial, ni deberíamos poner en valor sectores profesionales sólo cuando el miedo o la preocupación nos invaden. Deberíamos trabajar juntos, desde múltiples abordajes, para el mantenimiento del bienestar del planeta y de sus habitantes.

Por eso alguien que se matricule hoy en la carrera de Veterinaria sabe que puede dedicar su vida profesional a tratar perros y gatos, como la mayoría de la gente cree y espera, sí, pero hoy puede hacerlo como especialista en cardiología, anestesia o como oncólogo. Pero también sabe que puede acabar investigando para encontrar la cura del cáncer, o la vacuna para una enfermedad infecciosa que asola poblaciones.

Podría también dedicar su vida a velar por la seguridad alimentaria, aquella que garantiza que los seres humanos en todo el planeta tenga-

mos acceso a alimentos y agua de calidad y seguros, libres de patógenos potencialmente mortales.

También podría dedicarse a mejorar los sistemas de producción de alimentos, logrando así que se optimizaran los resultados y que, por ende, se minimizara el uso y explotación de seres vivos, animales o plantas, o ecosistemas completos. Podría especializarse en etología, la psicología animal y ayudar a recuperar a animales que hayan pasado por procesos traumáticos o garantizar el bienestar de aquellos bajo cuidados humanos. Incluidos aquí los animales que suponen una parte imprescindible de la vida de personas vulnerables, ya sea como mera compañía o como guías o terapeutas de cuatro patas.

Además, podría dedicarse a la genética y garantizar la supervivencia de poblaciones animales en peligro mediante la mejora de la tecnología de la reproducción o la gestión de bancos genéticos.

ABANICO DE OPORTUNIDADES

Por si todo ello no fuera suficiente, también podría decidir vivir con una dosis extra de adrenalina y dedicarse a la fauna salvaje, rescatando a animales heridos o en peligro, identificando individuos para protegerlos de la caza furtiva o translocando ejemplares para garantizar su seguridad, la de las poblaciones humanas o para enri-

quecer los cruces genéticos en las poblaciones animales.

Todo ello podría sumarse o combinarse de infinitas formas posibles para dedicar su vida a la docencia, contribuyendo a que el avance en los conocimientos, el método científico y el pensamiento crítico se instauren en las nuevas generaciones que serán responsables del progreso.

El abanico de oportunidades es amplio, mucho más que hace unas décadas cuando el veterinario se limitaba (o al menos la imagen pública sobre él lo hacía) a tratar problemas menores en un par de especies de animales de trabajo o de compañía.

Esta diversidad de opciones siempre ha estado allí, intrínsecamente ligada a la profesión veterinaria, aunque adormecida por las limitaciones tecnológicas, materiales y del conocimiento. Hoy esta expansión es continua y exponencial, ubicando cada vez más a esta profesión en el lugar que merece, el de velar por la salud y el bienestar de las especies que habitan el planeta.

Tras esta introducción a la que es, siempre en mi opinión, la profesión más bonita del mundo, paso a centrar el tiro en mi carrera profesional, dedicada a los dos últimos puntos de las salidas que enumeraba un par de párrafos más arriba: la fauna salvaje y la docencia.

Hemos aprendido y entendido también que aquello que ocurre en el medio ambiente, todas las alteraciones, de muchas de las cuales somos responsables, tienen igualmente repercusión sobre nuestras vidas y sobre nuestra salud

“

No deberíamos seguir abordando la salud desde un enfoque terapéutico y asistencial, ni deberíamos poner en valor sectores profesionales sólo cuando el miedo o la preocupación nos invaden. Deberíamos trabajar juntos, desde múltiples abordajes, para el mantenimiento del bienestar del planeta y de sus habitantes

”

Haciendo un breve recorrido por mi formación y experiencia, me gradué en Biología en la Universidad Autónoma de Madrid. Viajé a África, en concreto a Zambia, para trabajar en un proyecto de investigación sobre elefante africano de sabana y conflicto humano animal y comencé después la carrera de Veterinaria.

Durante la misma y combinando entonces mis dos perfiles profesionales, como biólogo titulado y como veterinario en ciernes, seguí mi andadura por el sur de África, trabajando en rescate de fauna salvaje en Malawi, donde aprendí por primera vez a disparar dardos anestésicos y colaborando después, ya como veterinario, con los servicios veterinarios del Kenya Wildlife Service, en Nairobi, Kenia.

En esa última ocasión tuve la oportunidad de participar en operaciones de rescate de león africano, leopardo, facóquero, varios monos y en una operación especial de trabajo con rinoceronte blanco y negro, todas estas especies viviendo en libertad en distintos Parques Nacionales.

A lo largo de los años, realicé estancias, visitas y diversas actividades profesionales en estos países y en Sudáfrica, Zimbabue, Botsuana y Tanzania. Todo ello me fue forjando como profesional y como

persona hasta definir mi trabajo y mi vida en la actualidad.

Continuando con una versión muy resumida, biólogo por la Universidad Autónoma de Madrid, veterinario por la Universidad Alfonso X el Sabio y especialista en animales exóticos y salvajes por la Universidad Complutense de Madrid, compagino mi trabajo en África con mi actividad como profesor en la universidad por la que soy veterinario y con un doctorado en la universidad por la que soy especialista, concretamente en el Área de Farmacología y Toxicología en animales salvajes.

Toda esta trayectoria de aciertos y muchos errores me lleva hace unos años a fundar, junto con un fantástico equipo de amigos y antiguos compañeros de trabajo, NJO-VU African Wildlife Conservation, una asociación sin ánimo de lucro dedicada a la conservación de la biodiversidad y la fauna salvaje africana.

En esta ONG, fundada y dirigida por un equipo paritario y mixto de zambianos y españoles, desempeño mi papel como veterinario y como responsable de los proyectos de formación.

Años después de mi primera visita a África, creo que entiendo hoy algo mejor la complejísima realidad de la conservación de la biodi-

versidad en este área geográfica. Mi sueño desde niño era convertirme en uno de esos grandes naturalistas y aventureros que recorren zonas indómitas rescatando especies en peligro.

Sin perder esa chispa de ilusión y cierto idealismo, soy hoy mucho más consciente de la complejidad de los problemas y de la consiguiente complejidad de las soluciones. Por eso, lejos de perpetuar la idea romántica y casi mágica del veterinario en la sabana (aunque tiene mucho de ello), quiero visibilizar el trabajo que en realidad supone poner la veterinaria al servicio de la conservación de la biodiversidad.

Las redes sociales, las películas y los programas de televisión están cargados de fotos y escenas del veterinario o veterinaria abrazando a un pobre animal herido, rescatando a un bebé de elefante o sobrevolando un Parque Nacional en helicóptero, rifle anestésico en mano.

A pesar de que todo ello representa momentos reales de esta profesión, estos suponen un ínfimo porcentaje del día a día. Otras imágenes menos atractivas, pero mucho más frecuentes, como las horas de estudio u ordenador a temperaturas asfixiantes, los kilómetros recorridos a pie o en coche respirando polvo, la frustración de no poder hacer suficiente o el trabajo sucio y duro física y mentalmente venden mucho menos.

Lejos de querer restarle todo el atractivo a nuestro trabajo, diré que todo lo malo es compensado y superado infinitamente, al menos en mi caso, por lo bueno. Pero no soy amigo de las realidades edulcoradas hasta el extremo y creo que nuestra sociedad, sobre todo en el mal llamado primer mundo, ya tiene demasiado azúcar y algodón en su haber.

Tampoco soy amigo del dramatismo o de regodearse en el morbo de una realidad de por sí dura, pero creo que no debemos tener miedo a exponer la verdadera cara de los hechos, porque las soluciones no nacen desde la ingenuidad sino desde el pensamiento consciente.

Como buen profesional de la salud, lo fundamental antes de cualquier tratamiento es un buen diagnóstico, y para eso hay que llenarse las manos de barro. En NJOVU, desde su concepción, siempre quisimos que nuestro proyecto llegara al fondo de la cuestión, sin amortiguadores, para ser conscientes y conocedores de la profundidad y la naturaleza de los problemas.

ALARMANTE PÉRDIDA DE BIODIVERSIDAD

Tratamos de poner muros de contención a la alarmante pérdida de biodiversidad que está teniendo lugar en la actualidad, y lo hacemos en una zona en la que las necesidades más básicas para los seres humanos están aún lejos de estar cubiertas.

En un contexto social en el que una mayoría del país carece de acceso a electricidad, agua corriente o alimentos de calidad, la conservación de los animales y de los ecosistemas puede quedar a menudo relegada a un segundo o tercer plano.

Pero esto, aunque perfectamente entendible, no debe ser justificado y aceptado, ya que la pérdida de biodiversidad se relaciona directamente precisamente con esos problemas sociales y económicos que afectan a las poblaciones humanas, agravándolos seriamente.

Uno de nuestros mayores desafíos, con el que nos batimos en batalla constante es el furtivismo.



Jaime Galán estudiando cebras en Malawi, 2019.

Espoleado en ocasiones por necesidad y en otras muchas por ambición o codicia, supone una de las mayores amenazas para la fauna salvaje y la biodiversidad en el mundo.

Sí me gustaría destacar aquí que todas nuestras acciones en la línea del anti-furtivismo, tanto directas como mediante la educación o concienciación, nacen de nuestra parte zambiana. Sería incoherente e hipócrita que nosotros, con el contexto del que venimos en el que hemos crecido teniendo casi infinitas opciones de alimentos a escasos metros en un supermercado, juzguemos con dureza a quien sale a un Parque Nacional a buscar comida.

No obstante, tampoco es positivo el discurso buenista que justifica una actividad ilegal y dañina en muchos sentidos por pura condescendencia. El furtivismo nace, o al menos se perpetúa, en una mayoría de ocasiones, de la codicia.

Incluso en los casos en los que nace de la necesidad, no debe ser justificado ni promovido, sino que

se debe trabajar para evitarlo, con comprensión, pero con firmeza. Una cosa es entender el contexto y el trasfondo de un problema y otra muy diferente no actuar cuando éste está suponiendo una amenaza enorme para la economía local y la salud animal y humana.

Con otras actividades ilegales, como el tráfico de armas o drogas, no se hace tanta pedagogía ni se tiene ningún tipo de compasión. No se hace un esfuerzo por entender el contexto del que nacen. Con el furtivismo pasa lo mismo y es una actividad ilegal por un motivo claro, el enorme daño que produce. Peor discriminación sería aceptarlo o justificarlo, ya que implica la asunción quizá inconsciente, pero dañina de que las personas implicadas “no pueden hacerlo mejor”, y eso es triste.

Todo esto genera un inevitable y necesario debate moral constante, en el que no hay extremos correctos, sino una rica gama de grises en la que moverse. Por eso no adoptamos posturas radicales ni somos amigos de ellas, ya que nuestra experiencia nos dice que suelen nacer



Miembros de Njovu African Wildlife Conservation, impartiendo un curso de fauna salvaje en COLVEMA.

siempre de la desinformación o falta de comprensión completa del problema.

Por el contrario, intentamos poner solución a un problema tan complejo integrando a sus principales protagonistas, mediante la educación y las alternativas sostenibles, nacidas todas desde una parte del equipo que conoce de primera mano la actividad furtiva y que, incluso en algunos casos, ha reconducido su vida desde ésta hacia la conservación.

Como cabe esperar, estos problemas no se solucionan en un día y, mientras se desarrolla el necesario cambio en la mentalidad y las medidas, hay emergencias que no pueden esperar.

El furtivismo al que hacemos frente y con el que más nos encontramos es el furtivismo de lazo. Mediante éste, los furtivos entran en nuestro Parque Nacional (en el que está prohibida por ley la extracción de recursos naturales de ningún tipo, hay áreas designadas para ello) y siembran el Parque de alambres.

Estos alambres se instalan con forma de lazo, un extremo atado

a un árbol robusto y otro quedando libre, a menudo estabilizado por una pequeña corteza o rama, de forma que supone una trampa mortal para cualquier animal que cruce a través de él.

En el mejor de los escenarios, un pequeño antílope, como un impala, se ve atrapado por la pata o el cuello en uno de estos lazos. Resistiéndose y luchando por sobrevivir, acaba muriendo asfixiado o exhausto, por sed o inanición. Si el escenario sigue siendo favorable, el furtivo volverá en un par de días, encontrará la presa, la matará en caso de no haber muerto hasta ese momento y aprovechará la carne, piel y cuernos para venderlos en el mercado negro.

Y si este es el mejor escenario es porque las alternativas al mismo son mucho peores. A menudo, el furtivo no encuentra la presa a tiempo, bien porque en su camino se encuentre con elefantes, búfalos u otras especies peligrosas, con oficiales armados o con cualquier otro impedimento por el que no consiga acceder hasta la captura.

En estos casos, la inmensa mayoría, el animal muere y se echa a

perder sin que nadie haya podido aprovecharlo. Es una muerte, si cabe, aún más inútil e injusta. Pero sumado a todo esto, debido a que los lazos no son especialmente eficaces, para garantizarse el éxito se siembran por decenas o centenares, creando verdaderos campos de trampas que nunca se inactivan y que siguen causando daño aun mucho tiempo después de que el furtivo haya abandonado el área para centrarse en otra.

Además, los lazos no son selectivos, por lo que con frecuencia capturan a especies que no son objetivo de los furtivos y, en muchos casos, sobre todo en aquellas de mayor tamaño, éstas consiguen arrancar la trampa, pero ésta se queda aferrada a su pata, cuello o cualquier otra parte del cuerpo.

Creado ese escenario, el único final posible para el animal es tener una muerte lenta y agonizante, ya que el lazo se oxidará y estrechará, estrangulando el riego y generando una zona de necrosis, posterior gangrena y, finalmente, septicemia generalizada que terminará con la vida del animal.

Esto es, claro está, si nadie interviene para rescatar al animal, algo muy llamativo en las películas o redes sociales, pero infinitamente más complejo y costoso de lo que pudiera parecer.

Sumado a todo ello, en el escenario que llamábamos favorable al principio, el consumo de carne de animales salvajes sin ningún control sanitario supone una de las mayores entrada de agentes infecciosos patógenos en las comunidades humanas, muchos de ellos contagiosos y compartidos rápidamente entre vecinos y familiares. Por lo que el impacto no se limita a quien realiza la actividad furtiva y de las consecuencias de la diseminación de un agente infeccioso compartido con animales ya hemos sido tristemente conscientes.

En el contexto del sur de África, enfermedades como la brucelosis, la tuberculosis o el ántrax están de lamentable y constante actualidad, por lo que todo el problema de este tipo de furtivismo, además del relativo a los animales, toma una nueva dimensión en cuanto a la salud humana.

A pesar de que en NJOVU intentamos abordar éste y muchos otros problemas de forma multisectorial y que la prevención y mitigación del furtivismo es sólo una de nuestras muchas líneas de trabajo, seguiré con esta línea por centrar el tiro en la profesión veterinaria.

Ni que decir tiene que gracias precisamente al trabajo de los veterinarios que se dedican a la producción y a la seguridad alimentaria las poblaciones humanas pueden y podrán en el futuro acceder a alimentos cada vez más seguros y de mayor calidad, pudiendo evitar el recurso del furtivismo. Pero en este caso pondré un ejemplo real de nuestro trabajo como veterinarios en conservación de la fauna salva-

je en lo que al rescate de fauna se refiere.

En el sur de Zambia, área en la que trabajamos, todas nuestras labores como organización tienen lugar siempre de la mano del Departamento de Parques Nacionales y Fauna Salvaje del país. Este Departamento es la rama del gobierno que se dedica a proteger y gestionar la fauna y los espacios naturales y hace una labor encomiable, a menudo con recursos limitadísimos, para garantizar que su misión se cumpla.

Aunque no siempre consigan hacerlo todo de forma perfecta o a que, ocasionalmente, ocurran algunos errores, como humanos que son y que somos, son ellos quienes se juegan la vida, literalmente y de forma continua para proteger a la fauna salvaje. Podría enumerar aquí una lista de sus contribuciones y fantásticas acciones, pero basta con pasar unas horas trabajando con ellos para entender la importancia de su labor.

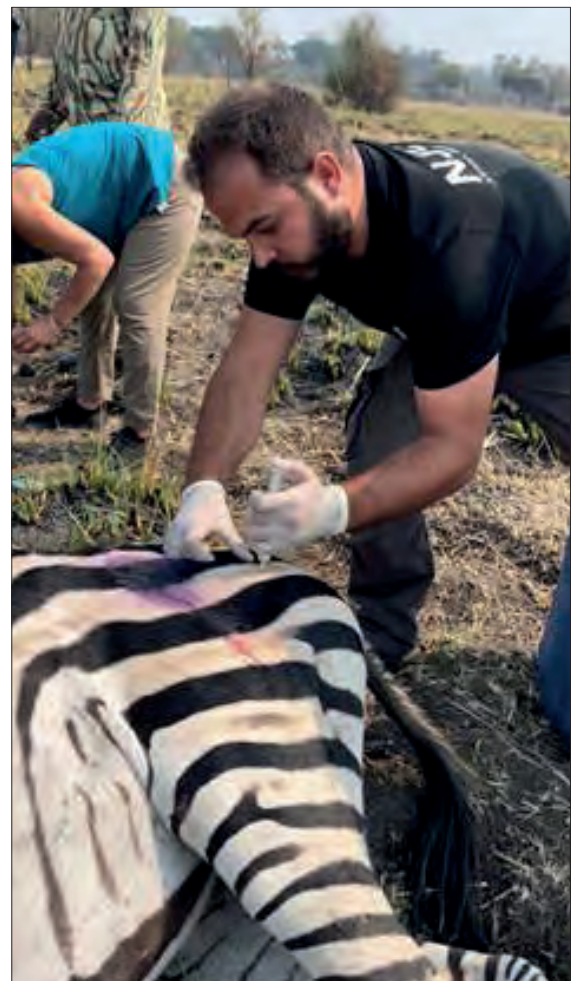
En este contexto de colaboración estrecha y trabajo conjunto, recibimos hace unas pocas semanas la llamada de la doctora Mwendalubi Hazyondo, responsable del área veterinaria del Departamento de Parques Nacionales y Fauna Salvaje en la zona en la que trabajamos.

La doctora Mwendalubi, además de hablar un perfecto español aprendido en sus años de estudios

en Cuba, es una gran profesional que hace verdaderos malabares para garantizar que la fauna salvaje está atendida adecuadamente con recursos a menudo muy escasos.

En esta llamada, nos pedía colaboración para participar en el rescate de una cebrá herida por una trampa de lazo. El animal había caído, probablemente días atrás, en uno de estos alambres y, tras mucha

“
Tratamos de poner muros de contención a la alarmante pérdida de biodiversidad que está teniendo lugar en la actualidad, y lo hacemos en una zona en la que las necesidades más básicas para los seres humanos están aún lejos de estar cubiertas
 ”



Jaime Galán administrando un fármaco a una cebrá.

“

Uno de nuestros mayores desafíos, con el que nos batimos en batalla constante es el furtivismo. Espoleado en ocasiones por necesidad y en otras muchas por ambición o codicia, supone una de las mayores amenazas para la fauna salvaje y la biodiversidad en el mundo

”

insistencia y esfuerzo, había conseguido arrancar un trozo, que se aferraba ahora a su pata causándole un enorme estrés y sufrimiento.

Sin dudarlo ni un instante nos movilizamos, cargamos el coche con nuestro equipo y con el grupo de estudiantes españolas que pasaban una temporada formándose con nosotros en Zambia y pusimos rumbo al Parque Nacional.

Tras un rato buscando a la cebrera herida llegamos a una de mis zonas preferidas del Parque, a orillas del río Zambeze, donde se abre una enorme explanada de pastizales y llanuras de inundación que dan transición a bosques de Mopane desde una vegetación de ribera.

Con prismáticos pudimos observar que una de las cebras en un grupo era efectivamente la que estaba herida, viéndose parte del lazo sobresalir de su pata posterior derecha. La primera parte del trabajo estaba hecha, ahora tocaba poner en marcha el verdadero desafío que supone inmovilizar a un animal salvaje en libertad.

El primer reto al que cualquier veterinario se enfrenta reside en que, obviamente, su paciente no habla ni entiende. Esto quiere decir que no se puede tratar de explicar a un animal que estás intentado ayudarle y que, pese a tus mejores intenciones, el instinto del animal le llevará siempre a huir de ti o a atacarte.

Cuando trabajamos con fauna salvaje en libertad tenemos, además, varias complicaciones añadidas. En primer lugar, los animales salvajes son mucho más duros que los domésticos, y no tienen ningún tipo de manejo. Mientras que un caballo, por complicado de manejo que sea, puede ser relativamente controlado por un equipo experimentado con técnicas muy desarrolladas a lo largo de la historia, no hay forma humana de controlar a una cebrera salvaje sin recurrir a los agentes químicos.

Además, al encontrarnos en el medio salvaje, es perfectamente posible y no infrecuente que, una vez metidos en pleno proceso de actuación, aparezcan furiosos elefantes, peligrosos hipopótamos o agresivos búfalos, por nombrar unos pocos.

Siguiendo con la lista de complicaciones, el animal intervenido puede sufrir de las consecuencias típicas de un procedimiento médico anestésico y, aun si este no es el caso, puede sufrir de complicaciones posteriores o, de forma mucho más sencilla, simplemente extrañarse de su grupo y quedar indefenso.

La conclusión final es que, de realizar el procedimiento, éste debe ocurrir de la forma más rápida posible. El gran reto consiste ahora en derribar al animal, privarle de

su capacidad de respuesta, pero también de su percepción del dolor y de su consciencia durante el procedimiento y, después, revertir la anestesia para que recupere su estado normal cuanto antes.

Esto, de nuevo, es un proceso fantástico y sencillo en las producciones audiovisuales, pero genera mucho más estrés, ansiedad y sudor frío en los veterinarios que se encuentran llevando a cabo la operación, por mucha experiencia que tengan.

Entra en juego ahora una de esas habilidades aprendidas pronto en la carrera y que resultan útiles durante toda la vida profesional, el cálculo de dosis. Sin embargo, otras cosas también aprendidas en la carrera, pero con más frecuencia olvidadas se vuelven también absolutamente esenciales, como la monitorización del plano anestésico y de las constantes vitales, la farmacocinética y farmacodinamia de los fármacos empleados o la fisiología implicada en todo el proceso.

Debemos pensar que nos convertimos, en pocos minutos, en anestesistas, cirujanos, médicos, enfermeros y cuidadores de un animal salvaje que, en este caso, puede matar a un león adulto con una de sus poderosas coces.

Escoger el protocolo anestésico puede resultar algo más sencillo ahora que hace unos años, ya que existe numerosa bibliografía al respecto y una cebrera no es precisamente el animal más raro de la sabana ni uno que no tenga un homólogo semejante entre la fauna doméstica, mucho más estudiada.

Los fármacos de elección son la etorfina como agente principal y la azaperona como fármaco coadyuvante. El primero, ampliamente utilizado en inmovilización de grandes herbívoros y megafauna, es un opioide varias miles de ve-

ces más potente que la morfina. Su misión es clara, derribar en pocos minutos a un animal agitado y con altos niveles de adrenalina, que le hacen resistente al fármaco y producirle un estado de sedación y analgesia profundos.

Pero aquí entra de nuevo en juego nuestra naturaleza animal y es que, nos guste o no, somos primates, un grupo zoológico que tiene una relación muy complicada con los opioides al ser altamente sensibles a ellos. Un fármaco que, con unos pocos miligramos, derriba y noquea a un rinoceronte de tres toneladas, se convierte en un peligro mortal para un primate de ochenta kilos.

Por eso este fármaco debe manejarse con extremo cuidado, usando siempre guantes y vigilando cada mínimo movimiento que se haga al preparar los dardos o cargarlo en la jeringa. Uno de los protocolos de seguridad pasa por llevar siempre a mano el antídoto más potente que existe frente a los opioides, la naltrexona.

Una vez preparado el dardo, debe tenerse también mucho cuidado de no inyectarse accidentalmente con él, evitar que se mueva demasiado pudiendo activar su carga y un largo etcétera de medidas

de seguridad que deben tener lugar en este tipo de procedimientos y que no incluyo aquí por no excederme en el espacio.

Dardo listo, nos montamos en uno de los vehículos preparados para abandonar el camino, algo siempre desaconsejado salvo para procedimientos especiales como éste. El objetivo es acercarnos lo más posible al animal para poder intervenir con mayor seguridad.

Existen numerosos sistemas diferentes de dardos, rifles y demás, y entrar en ellos nos llevaría varios artículos, podemos simplificar diciendo que, en todo caso, no suele ser recomendable disparar a más de treinta metros, ya que la precisión baja.

Otro de los problemas asociados a todo este proceso es el coste. Un dardo cargado con la cantidad de fármaco usado en esta ocasión tiene un valor de unos doscientos dólares. En el caso de fallar el disparo, se pierde el dardo y el fármaco contenido en él, y además hay que volver a cargar a toda velocidad tanto dardo como rifle para tener un segundo intento. Para entonces normalmente el animal ha abandonado la zona a la carrera.

Pero volviendo a nuestro caso, dardo preparado, nos acercamos con el coche hasta unos treinta o cuarenta metros. El animal intenta escapar, pero queda rezagado del grupo y cansado por la herida de la pata, por lo que nos da unos segundos de cortesía.

Escogemos una carga verde para el rifle, que permite disparos a corta – media distancia y programamos una fuerza de impacto de cuatro, intentando garantizar que el dardo penetre con seguridad y libere su contenido cuanto antes en el músculo del animal.

Apuntamos a los cuartos traseros, en la zona de la grupa, donde los paquetes musculares son más

grandes, alzamos un poco el tiro contando con el descenso que tendrá el dardo por su peso y disparamos. Suena el primer “click” del rifle al liberar el dardo y, en apenas un segundo, el segundo y esperadísimo “click” que indica que el proyectil ha impactado en el objetivo.

No obstante, la parte trasera del estabilizador del dardo, coloreado intensamente para verlo con rapidez, no aparece en el animal, que se aleja trotando. Con la casi total seguridad de haber hecho impacto por el doble sonido y por la confirmación de los compañeros con prismáticos, esperamos con la sospecha de que el dardo ha penetrado y rebotado, algo muy frecuente, sobre todo en pieles como las de las cebras.

De tratarse de un fracaso, habría que cargar otro dardo, volver a preparar el rifle y acercarse de nuevo hacia el animal a una distancia segura. De haber sido un éxito, en pocos minutos el animal debería empezar a manifestar los efectos del fármaco.

A menudo, con agentes como la etorfina, las cebras comienzan un trote exagerado, como si galoparan en el sitio, alzando mucho las patas. Hay que estar vigilantes en ese momento para evitar que se caigan y golpeen, fracturen una pata, entren en una zona de agua o se pierdan en la espesura de los matorrales.

En este caso, por suerte, todo fue más sencillo y, cuando contábamos siete minutos desde el disparo, comenzó a tambalearse hasta quedar en decúbito esternal. En ese momento salimos corriendo del vehículo hacia ella, con el equipo veterinario necesario.

Al llegar al animal, lo primero que hay que hacer es bloquear sus sentidos con una venda, sobre todo los ojos, para evitar la sobreestimulación de ruidos, movimiento alrededor y demás estrés segundos



Herida de lazo tratada con spray.

antes de que el fármaco haga su efecto completamente. Una vez privada de esos estímulos, se le ayuda a caer a decúbito lateral para poder trabajar mejor sobre la pata herida.

En un procedimiento de inmovilización química normal, prestaríamos enorme atención a las constantes, sobre todo a la respiración, vigilando que sea normal y anticipándonos a cualquier parada. Las mucosas indican el estado de irrigación y del sistema cardiovascular, aunque las anestias intramusculares falsean estos parámetros por causar vasoconstricción periférica a menudo.

La temperatura es un indicador muy importante, sobre todo en cebras, ya que la hipertermia asociada al estrés previo a la inducción y al propio proceso farmacológico puede comprometer seriamente la vida. En los casos en que se puede, conviene también suplementar con oxígeno por vía nasal y monitorizar la saturación con un pulsioxímetro en párpado, vulva, prepucio o lengua.

Todo esto, que debe ser parte del protocolo y plan diseñado en cualquier inmovilización química, en casos muy concretos puede pasar a un segundo plano cuando el procedimiento requiere de una rapidez casi inmediata. Éste era el caso, con una herida severa en una pata, pero necesitando devolver al animal a su estado previo cuanto antes para evitar complicaciones y riesgos para el animal y el equipo humano.

Por todo ello, localizamos la herida de la pata, con una pinta horrible y con parte del alambre atravesando, literalmente, el hueso de lado a lado. Todavía hoy no entiendo cómo llegó a complicarse tanto esa herida. Con unos alicates tratamos de soltar el lazo, aunque terminamos teniendo que cortar un extremo y tirar por el otro lado al estar insertado en el hueso.

Retirado el alambre limpiamos con distintos productos antisépticos y desinfectantes la herida y aplicamos spray de heridas, que mantendrá a las moscas y otros insectos a raya, evitando las temidas miasis o infestaciones por larvas. Hecho todo esto, limpiamos y aplicamos spray igualmente en la herida del dardo y se administran antibióticos de amplio espectro y larga duración para luchar contra la ya segura infección en curso.

Por último, sólo queda revertir la anestesia, en este caso con diprenorfina, un antídoto parcial de los opioides que puede usarse con individuos relativamente jóvenes y sanos. Ésta, pese a estar herida por la trampa, era una hembra fuerte, por lo que estaba indicado.

ENFOQUE TRANSVERSAL

En casos más complejos o delicados conviene recurrir a otros antídotos, como la ya citada naltrexona, para evitar el riesgo de renarcotización. Esto ocurre cuando se administra el antídoto, que tiene menor duración de efecto que el anestésico y, con el tiempo, el antídoto se consume, pero el anestésico se mantiene, durmiendo de nuevo al animal. Ello tiene enormes riesgos si el animal cae de una altura, entra en el agua o es atacado por otro.



Terminado el proceso con éxito al ver cómo la cebra se levantaba y comenzaba a trotar en seguida, nos damos la enhorabuena mutuamente entre todo el equipo y comentamos la jugada. Durante los siguientes días, seguimos visitando la zona del Parque, vigilando el estado de la cebra, identificada rápidamente por el spray morado. Hoy, en el momento de escribir el artículo, casi dos semanas después del caso, la cebra está como nueva junto a su grupo.

Como confío pueda verse por el relato, en el que he obviado gran parte de los tecnicismos y complejidad asociada, la inmovilización de animales salvajes en libertad es infinitamente más compleja, costosa y desafiante de lo que pudiera.

Por este motivo, a pesar de que el resultado es muy llamativo y genera mucha conciencia al implicar el rescate de un animal, nosotros en NJOVU realizamos una actividad continua desde que empezamos, las retiradas de trampas de lazos del Parque Nacional y alrededores, actividad en la que acumulamos ya cerca de ochocientas trampas. Esto es, ochocientos animales que no se verán en una situación como la de la cebra o, peor, como la de los cientos de animales que no tienen la suerte de que un equipo veterinario reúna el material, los fondos y el trabajo para salvarlos.

Por eso es importante abordar el enfoque transversal de la conservación y la resolución de problemas, porque los problemas complejos conllevan, inevitablemente, soluciones igualmente complejas.

Espero que este caso práctico y directo haya servido para dar una visión algo más detallada del trabajo de un veterinario en la sabana africana, de la complejidad de procesos aparentemente sencillos y de la importancia y dimensión real de la profesión más bonita del mundo: la veterinaria. ✓